

La otra mano de Lepanto

Carmen Boullosa

La Revista de la Universidad de México recoge en sus páginas un fragmento del trabajo narrativo de la escritora mexicana Carmen Boullosa: La otra mano de Lepanto, que recrea la vida, más mágica que religiosa y tanto más árabe que cristiana, de la recién reconquistada Andalucía del siglo XVI. Esta novela aparecerá en México publicada por el Fondo de Cultura Económica y en España con el sello de Ediciones Siruela.

En donde se reseña la llegada de Salustia y se dice el porqué ha mudado a ser esclava del convento:

Otro día, cuando recogían los últimos enseres de la cocina y se acercaba la hora de dormir, la Milenaria le habló a María fingiendo voz muy dulce:

—María, que no te preocupes por tu padre. Hasta los más famosos capitanes de la mar corren el riesgo de convertirse en galeotes por un tiempo. Dicen que incluso Dragut, el jefe de todos los Corsarios, pasó su tiempo en las galeras, atado a un remo veneciano. El Juan Parisot de la Valeta, gran Maestro de los Caballeros de Malta, antes de serlo fue tomado cautivo por el corsario Kust-Ali, y pasó doce meses pegándole al remo antes de que hubiera quién encontrar cómo canjearlo. Cualquiera le pega al remo, del más distinguido al menos honorable. Basta con ser hombre para poder traer cadenas a los pies. ¡Nada como ser mujer! Es la segunda ventaja, que la primera es no ser levantado en la leva, no tener que irse a la guerra.

Estela entró en ese momento a la cocina, precedida por una de sus perrunamente fieles ayudantes iluminando su paso con una vela. Traía del brazo a una muchachita hermosa de piel muy oscura. Era extraño ver

así a Estela, tan cerca de alguien, por la condición de su piel siempre guardaba distancia.

—Esta que ven aquí, la morena, se llama Salustia. Hoy duerme a tu lado, gitana —dijo, dirigiéndose a María—. Me tratan bien a esta mulata de color membrillo. Dénle de comer, si no ha comido. Mañana vengo a llevármela.

Estela la soltó, y Salustia se dirigió hacia María. Apenas la vio venir, María la reconoció. Era esclava de alguna familia morisca, la había visto innumerables veces cargando agua en el aljibe. ¿Cuál familia? ¿Debía recordarlo! Vivir en el convento la ha adormecido.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Salustia. ¿Tú?

—Yo soy María.

—Qué María va a ser —interrumpió la Milenaria—. Es una gitana, nomás, sin nombre. ¿Tienes hambre, negra?

Salustia negó con la cabeza. La Milenaria dio órdenes de apagar las velas de la cocina. Las brasas del hogar siseaban e iluminaban con tenues intermitencias. Los pasos de la Milenaria se fueron alejando. María se tendió en el piso, en su lugar de siempre y llamando a la recién llegada con la voz y las manos, le dijo:

—Ven Salustia, aquí se duerme así, como las bestias.

Salustia se acercó y se acostó al lado de María, mirándola. Acomodó su cabecita sobre el brazo doblado. Los ojos le brillaban. Murmuró:

—María, creo que te recuerdo, te veía en el aljibe del Peso de la Harina, ¿verdad? Tú bailas.

—Soy yo. O eso era antes, ahora ves... Ya me acuerdo de ti. Traías un cántaro precioso, de cerámica pintado.

—El tuyo era de barro.

—De barro cocido. Olía...

—Todo está cambiado allá afuera. Yo era esclava de Lorenzo el Chapiz, ¿conoces a los Chapiz, a Hernán López el Feri, su cuñado? Tienen su casa a la orilla del Darro, aunque son moriscos. Pero ya no soy de ellos sino de las monjas, que ahora los moriscos no pueden ya tener esclavos, se los han prohibido. Mi amo había pensado igual traerme aquí de regalo, buscando congraciarse de alguna manera con las monjas, acarrearle su favor, que dicen ayuda en mucho. *Pero* le han ganado la partida. Anoche —Salustia bajó la voz—, anoche pasó algo espantoso, María. Los moriscos ya no tienen permiso de cerrar sus casas y los soldados pueden entrar a cualquier hora a revisarlas, y así hacen... *Pero* ayer entraron en la nuestra, que diga, la de los Chapiz. —Conforme Salustia habla, las brasas se van apagando, tal vez más rápido que lo usual, como si su narración exigiera la oscuridad para ser entendida—. *Pero* entraron ayer, ya noche, *pero* ya dormíamos. *Pero* dijeron que venían a buscar objetos heréticos, signos o cosas. Husmearon todísimo, aquí y allá. Exigieron de comer y de beber. *Pero* bebían, bebían. Dijeron que habían encontrado no sé qué, *pero* cuando ya pasaba la media noche, y cuál iban a encontrar si habían pasado las horas ya nomás bebiendo. *Pero* entonces se llevaron al señor, pero no nos dejaron salir. *Pero* luego regresaron a saquear, decían que hacían algo santo, *pero* no entiendo qué santo ni qué... *Pero* se robaban todo, escogían con cuidado... Ya venía la madrugada cuando... *pero* yo no sé cómo se dice lo que le hicieron. Usaron de la hija del señor. —Aquí Salustia hizo una pausa. Se comió su retahíla de *peros*, para luego echarlos encadenados—. *Pero, pero, pero* quisieron usarme a mí también, *pero* uno les dijo que el que comercia sexualmente con negras se enferma de bubas, así dijeron, y me dejaron. Toda me manosearon, eso sí. *Pero...*

Salustia ni parpadeaba mientras le contaba a María. María cerró los ojos. Quiso no oír. Y mientras Salustia terminaba de contar, María se quedó dormida, un sueño anormal, pesado, un sueño de ésos que vuelven los párpados de plomo. “Si los moriscos —terminó diciendo Salustia, cada vez con voz más baja— están planeando en levantarse, como dicen, yo sí que entiendo por qué. Ya nadie está seguro en Granada.”

Y su última palabra, “Granada”, fue casi inaudible. María soñaba, mientras tanto, con las cadenas que suje-

taban el tobillo de su padre. Las imaginaba tal y como son, por parecerse un poco a otras que ha visto en los corrales. En ese sueño, su padre, tenía la piel cubierta de pelo de caballo y cada que abría la boca para hablar, relinchaba. Igual —“*pero*” diría Salustia— lo comprendía, cada relincho le explicaba, y María, llorando, lo entendía y, de una manera que sólo en los sueños se puede explicar, *deseaba* tener pelo de caballo sobre la piel, y *deseaba* el relincho en su boca, e incluso la cadena al tobillo. Y ese deseo dulce y corporal la hacía rabiar.

A partir de la llegada de Salustia, el tiempo pareció cambiar de ritmo. Pasaron las semanas como apenas rozando el convento, con tan somnolienta lentitud que María dejó de fantasear con que su padre aparecía a rescatarla. El sol caía en los patios desde el ángulo opuesto, estaba por cerrarse un medio año de María enmurallada. Una noche, cuando María se disponía a dormir al lado del hogar central de la cocina, sobre el rutinario jergón que le hacía de miserable almohada —esta pequeña adquisición, que había sacado de una pila de desechos y lavado y tallado reiteradas veces hasta arrancarle el olor a podrido, la hacía sentirse rica y orgullosa—, Salustia, que pocas veces asomaba en esos lares la nariz (su nueva ama era caprichuda y exigente, la hacía trabajar de sol a sol), entró y se le acercó, diciéndole en voz muy baja:

—María, tengo algo para ti. Una que me das y otra que yo te doy.

—¿Qué te voy dando yo a ti, que nada tengo? ¿De dónde saco una moneda para darte? ¡Buena fuera una monedita, buena fuera una pepita pequeña de lata, algo algo! ¡Pero nada tengo, chica! ¡Has perdido la razón si crees que yo puedo darte algo!

—Dame tu pan de mañana y yo te doy lo que traigo para ti. Porque tengo una cosa que me han dado para ti, *pero...*

—Sea —dijo María, picada por la curiosidad— te cedo mi porción de pan de mañana.

Apenas lo dijo, se arrepintió. ¿Qué podían traerle *para-ti*, si María ya no existía *pa-ra-nadie-en-el-mundo*? Había pasado el día de su santo sin que nadie le diera qué colgarse al cuello. Nadie la había celebrado, siquiera dicho “¡felicidades!, ¡hoy es día de tu santo!”, con todo y el reza y reza por el día de la Virgen, que, pues por qué nadie lo decía, se llamaba también María, “¡Reza!”. ¡Debió ofrecerle a la buena Salustia las castañas atanas que guardaba en su rincón, las que no servían para comerse pero tenían buen aspecto! ¡Qué estúpida, haber prometido cederle su no muy grande trozo de pan de un día a cambio de nada, no había duda que le estaba tomando el pelo! (Cualquiera tomaba el pelo para remediar el hambre del convento, ¡que bien envasada la tenían!, como le había dicho aquel primer día la Milenaria.) “¿Y si no, si en verdad sí es cierto, si tiene algo?, ¿si papá está cerca?, ¿si ha



Felipe de Bigarny, *Rendición de Granada*, s/f



regresado?” —pensaba María—, “¿si está aquí esperándome, nomasito aquí, para llevarme con él a Córdoba, a Sevilla, a la lustrada Nueva España? Después de lo de la casa del Chapiz, lo que Salustia le había contado, María ensoñaba con la Nueva España —aunque poco, que María hacía todo en pocas cantidades en el convento: comía poco, dormía poco, imaginaba también poco—.

Salustia toma a María de la mano, y se la lleva corriendo de patio en patio, sin parar un momento, cruzando por lugares que María no ha visto nunca —y que tampoco hoy está viendo—, la lleva en vilo, sin darle un respiro, sin enseñarle cómo orientarse, y sin hablar, sin llenarle los oídos de sus habituales “*pero, pero*”. ¿Por qué hablará así Salustia, a punta de “*pero peros*”?

El convento de Santa Isabel la Real está instalado donde fue un día el palacio real de los Nazaríes. María no lo ha recorrido a sus anchas, ni tampoco a sus estrechas, algo la ha anclado a la cocina. No ha vivido adentro del Isabel la Real como lo hizo en Granada, que en la ciudad donde ella nació se sintió siempre dueña de todo, libre como liebre, mirando un día esto y el otro lo otro. Las semanas, y qué digo semanas, los meses que María lleva en el convento ha vivido como una coja, como una manca, como una ciega, como una mutilada, como la mitad o una porción menor de sí misma. Se ha vuelto temerosa, se le ha apagado su natural curiosidad; está aterida. Es ya de noche y, aunque la guíe la Salustia de color membrillo, aunque la lleve como una

pelusa adherida a su vestido, María siente miedo. Salustia no tiene ninguno, y qué va, parece conocer el lugar como la palma de su mano. Aunque no lo conozca, así se comporta. Debe ser que Salustia se siente aquí como María en Granada, en su casa, o que así es su carácter, insensible a la mudanza de lugares. Una de las veces que María la había visto tiempo atrás en los lavaderos públicos, Salustia llevaba la voz cantante: contaba con lujo de detalles cómo una mujer —de nombre casualmente también María— procesada por la Inquisición, declaró que conocía al diablo, y que el diablo era un hombre negro. Decía: “Dicen que se le aparecía el demonio en figura de hombre negro... y tenía sus ajuntamientos carnales con ella como si fuera hombre y tenía el mismo ser y miembros y forma de hombre, aunque negro”. Alguna otra de las mujeres que tallaban ropas contra las piedras le dijo: “¿Sería tu padre, niña!”. Y la mulata color membrillo le contestó: “Padre no tengo, que yo sepa. Pero, si algún día aparece uno que se diga mi padre será todo menos un demonio, que yo no saco chispas cuando me acerco al agua bendita”.

Ahora la mulata de color membrillo no abre la boca, pero mientras corre por el oscuro convento también se la ve segura, aplomada, va con la misma seguridad con la que aquella otra vez contaba el cuento en el aljibe. María está completamente desorientada, no tiene ni idea si está cerca del corral de las gallinas o del de las vacas, o en el otro extremo del convento, a un paso de la iglesia, o si de

Felipe de Bigarny, *Bautismo de moras*, s/f

la puerta por la que entró y no ha vuelto a salir ni un solo día. La mulata de color membrillo va tan rápido que a María no le da tiempo de ver, y además se desliza esquivando los puntos de reunión comunitaria para que no las sorprendan vagando sin permiso. Por su agilidad, combinada con su prudencia, presenta a María el convento como un laberinto. De pronto, en un lugar abierto, y más amplio que todos los que han pasado, Salustia se detiene. La luna brilla pálida, lo suficiente para iluminar el lugar: el cementerio del convento. El piso es de tierra. Las tumbas muy disímiles, tal y como es la vida del convento, las ricas tienen túmulos magníficos, sobre los pechos de las pobretonas sólo pesan puños de tierra, y hay algunas lápidas discretas.

María no se ha despegado de Salustia desde que dejaron la cocina, ya dije que ha venido adherida, pegada como una lapa, como antifaz, como cinto al sombrero de la otra. Pero al darse cuenta de que están entrando al camposanto de las monjas María se detiene y recula. Es tal y como una bestia frente a un sapo o una serpiente u otra alimaña. María está a punto de echarse a correr de vuelta a la cocina cuando ve —para acentuar su horror— que blancas nubes iridiscentes persiguen los talones de la mulata de color membrillo, quien camina impertérrita sin perder su aplomo. El miedo atornilla a María y le saca un grito de la boca.

—¿*Pero* qué te traes tú? —le dice Salustia, que ha corrido a su lado, presurosa—. ¿*Pero* qué no ves que te

he guiado por donde nadie nos vea ni nos escuche? *Pero* para que te pongas a gritar como una descosida, ¿*pero* qué te pasa?

—¡Es el hilo del miedo! —le contesta María, volviendo en sí del susto—. ¡Nos vamos ahora mismo de aquí porque espantan! —Jala a la negra de la manga, pero la negra la detiene con las dos manos.

—*Pero* que a mí tú no me jalas. ¿*Pero* qué fantasmas ni qué? *Pero* aquí no hay sino muertos.

—¡Te siguen unos...! ¡Yo los vi siguiéndote siguiéndote, los fantasmas!, ¡y eran blancos, se arrastraban en el piso y te seguían pegaditos!, ¡vámonos vámonos de aquí, pero ya!

María había empalidecido. Estaba blanca, blanca.

—¿*Pero* de qué estás hablando?

—Que yo los vi, que yo los vi, te lo prometo, vi clarito que te seguían, como nubecitas pegados a ti!

—Ay, niña niña, niña. Boba —la interrumpe la esclava—. ¿*Pero* en qué planeta vives tú, a ver, dime? ¿*Pero* nunca habías ido a un camposanto de noche? *Pero* si son los fuegos fatuos, que no es nada sino el fósforo de los huesos; la tierra brilla, el brillo ése flota; *pero* no es nada, sale también de los huesos de las vacas. ¡Fantasmas! ¿*Pero* puros huesos! —Salustia se ríe del miedo infantil de María— ¿*Pero* qué va, que no seas mensa! *Pero* no son nada, te repito que son los huesos, echan estas luces que hay en casi todos los cementerios. Así se verán los nuestros, como nubes, así saldrán nuestros

huesos a darse paseos. Sí que parece que caminan, sí que parece que te siguen, sí que parece que flotan al que anda, *pero* es todo una ilusión, tranquila. *Pero* por eso es que una debe visitar de vez en cuando los cementerios, para darse cuenta de que todo es nomás *pero*, de que hasta los huesos disueltos son brillo. *Pero* puro brillo, *pero* brillo falso, como todo brillo... Aquí no hay sino monjas muertas sin hijos, sin nietos, están mudas, no son nada. Ven, sígueme, *pero* vamos a la otra orilla del camposanto. Abrazate a mí. O cierra los ojos, si *pero* prefieres.

María prefiere no cerrar los ojos. Caminando del brazo de la esclava no ve los fuegos fatuos. Apresuradas llegan al extremo opuesto del cementerio. Ahí, acomodado contra el rugoso tronco de un gigantesco ciprés, está su, su, su verdadero y único “su” cántaro, el cántaro que María usó durante años para acarrear agua a

su casa, el cántaro que cargaba el día en que tomaron preso a su padre y lo enviaron a las galeras, el cántaro que puso en algunas manos amigas —¿las de quién? María no lo recuerda, pero pasa con rapidez en su memoria las caras amigas que ese día la acompañaron en su carrera—.

Salustia le dice:

—*Pero* María, no tienes que darme nada mañana, tu pan es tuyo, ya me dieron por darte el cántaro. Yo no te robaría a ti el pan de la boca, María... *Pero* me pidieron que busques adentro, que trae algo pa’ti. *Pero* te dejo.

—No, no me dejes, que aquí este patio me da miedo... Quédate un momentico, en lo que veo qué trae...

—María, *pero* me tengo que ir. Es la hora que se acuesta mi ama, tengo que estar ahí para vestirla. *Pero* no tienes que cruzar de vuelta. Toma aquí de frente,



Juan de Borgoña, *Esclavos musulmanes*, s/f

caminas derecho, y llegas a la cocina. *Pero* nunca des vuelta a la derecha o a la izquierda. De frente, de frente, y llegas, así nomás —le dice, señalando con el brazo extendido, da con la mano indicaciones de ir hacia la derecha o a la izquierda, indistintamente. Termina de hablar sus “peros” y se echa a correr hacia las celdas, que en llegando tarde con su ama no hay “pero” que valga.

María sabe perfectamente que está en un laberinto. Sujeta su cántaro, se abraza estrechamente a Salustia, y camina con ella cruzando de nueva cuenta el pequeño camposanto.

Ahí, la esclava se detiene, sintiéndola venir:

—Hasta aquí, María. *Pero* de aquí tú síguete sola. Traes contigo el cántaro, y está cargado, *pero* yo no quiero problemas. *Pero* no puedo esperarte a que husmees y busques. *Pero* quédate aquí —jala a María, sentándola en una banca bajo una jacaranda esplendorosa que basta la luz de la luna para hacer estallar en color—.

Sin darle tiempo a nada, la esclavilla echó a correr. Su ama la esperaba para irse al lecho y no tiene ganas de un castigo. Ya otras veces le han tocado azotes por incumplir, no quiere verlos repetidos. Las esclavas daban a las monjas las comodidades de la mejor de las vidas muelles. Había las que enviaban a sus esclavas a rezar vísperas, mientras se folgaban en sus habitaciones, sin que nadie viniera a molestarlas. Las criadas eran suplentes, amas de cámara, limpionas, cocineras particulares, abastecedoras de todos los caprichos, y, como expliqué al comienzo, el contacto de muchas con el mundo. Las esclavas lo eran más: su calidad de pertenencia a las monjas les daba permiso de cumplir con algunas de las más personales obligaciones, como rezar, ir a confesión, cosas así, que no le era permitido a nadie hacer por vía de una criada.

María venció la gana de echarse a correr tras la mulata de color membrillo, porque pudo más la curiosidad y la esperanza. ¿Para qué le habrían traído “su” cántaro? ¿Quién, con qué motivo, y conteniendo qué? ¿De qué venía cargado? ¿Su papá? La esclava tenía razón: no podía correr con él en los brazos llevándolo “cargado”. María se sentó en un poyo del patio. Metió el brazo hasta el fondo del cántaro y con la mano fue topando con diversas cosillas que María fue sacando, pieza por pieza, una por una, acomodándolas en su regazo. Primero: un cabo de vela, un atado de cerillas, un pañuelo blanco amarrado con un listón rosa, y un papel doblado. María abre el pañuelo, y encuentra dos buenas monedas, redondas y gordas, ¿de qué valor? María nunca ha visto monedas de este cuño y, en honor a la verdad, pocas monedas había visto en su vida, que cuando vivía con su padre no tenía para qué tocar dinero, y aquí en el convento —donde buena falta le hace— no tenía ninguna en sus bolsillos, nada, ninguna, ni un trocito. Claudia les enseñó un día un cuartito de ochavo que

alguien le había dado, un triangulito, un regalo, a saber si el trozo de moneda tenía algún valor. María, nada. ¡Y éstas! ¿Son de oro o sólo lo parecen? Mete las monedas al pañuelo, lo vuelve a atar con cuidado y lo guarda con sumo cuidado en su faja. María enciende el cabo de la vela. Desdobla el papel. En éste hay cinco muy bien elaborados dibujos, tres en recuadros en hilera horizontal, un cuarto extendido bajo éstos, y del lado derecho, de arriba a abajo un quinto. De los tres en recuadro, el primero es la puerta del convento, María reconoce el arco. El segundo repite la imagen, pero la puerta tiene abierta la gatera, de la que asoman dos pies de gitana; el tercero es el gran portón abierto de par en par (que no la puerta regular, la de todos los días, sino el portón completo, como cuando entraron los caballos del bello Gerardo), y en el vano dibujada una campana del tamaño de la misma puerta, de la que penden, en lugar de un badajo, los pies de una gitana. Abajo de estos dibujos, a lo largo, un toro cubierto por una manta blanca de la cola a la cabeza, de la que se asoman dos pezuñas y dos zapatillas gitanas. A su derecha, una espada vertical, tocando con su punta un corazón.

Hay escritas dos frases que María no puede descifrar, porque no sabe leer. Al lado del corazón dice “Él manda”, y arriba de todo el dibujo otra frase de cuatro palabras magníficamente manuscritas. Gerardo el gitano, el bello gitano, el duque del Pequeño Egipto, domina la escritura de los números, sabe llevar cuentas, pero no conoce una sola letra. Aunque la mayor parte de sus transacciones eran con moriscos, tampoco sabía usar su alfabeto. María aprendió de él a hacer cuentas y a llevarlas con claridad en el papel. Pero letras, ninguna. ¿A quién confiarle estas palabras para entenderlas? ¿Quién puede ayudarla, ser sus ojos, leérselas? ¿Quién de las monjas de la cocina sabe leer? ¿Y quién entre ellas no la traicionará a cambio de unos cuantos privilegios? Una delación podría regalar a cualquiera entre las miserables criadas o esclavas del convento privilegios imposibles de conquistar de otra manera, o aunque fuera comida. Y esto suponiendo que alguien sepa leer. María piensa en cómo satisfacer su curiosidad. Su cabo aún ilumina. Si María no sabe leer ni escribir, en cambio sabe dibujar. Extiende el papel a un lado y, con el mayor cuidado, copia las líneas que conforman las dos frases escritas en el papel, sobre la arena que cubre el piso del remoto patio, las dibuja. Pone el mayor cuidado en hacerlo, intenta ser lo más fiel. Las traza una vez más y otra, repitiéndolas, elige una palabra de cada frase, hasta que las reproduce con total soltura, las tiene ya bien memorizadas. María está absorta haciéndolo, diría que le gusta trazarlas, que le va gustando esto de escribir. María las copia una vez más de memoria, sin ver el recado, ahora con trazos grandes, extendidos. Las compara con el mensaje recibido y ratifica que las ha imita-

do con corrección. Presta buen cuidado, una palabra es mucho más difícil que la otra, esta rayita va inclinada, de pronto se curva, se acuesta y un poco después se levanta. Guarda el recado en el mismo doblez del cinto en el que acomodó el pañuelo, lo protege igual que sus dos brillantes y hermosas monedas. Está segura de que los pies de gitana que aparecen pintados cruzando la puerta del convento son los de ella; no le cabe duda. ¡Saldrá, y pronto, de aquí! ¡Qué suerte la suya! ¡Y será para volver con su padre, de seguro! ¡De nuevo correr cuesta abajo, subir lenta las cuestas arriba de Granada! ¡Ya no ve la hora de ir a cargar agua al aljibe del Peso de la Harina, su predilecto! ¿Bajo una campana? ¿Qué quiere decir esa espada, qué el toro? ¡Ya se verá! ¿Será que el toro es de la fiesta de San Juan? María nunca la ha visto (su padre le tiene un miedo fiero, cuando llega el día toma la prevención de esconderse con su hija en casa, o bien salen a hacer negocios en los poblados cercanos a la ciudad), pero le ha oído describir detalladamente la fiesta: los nobles y burgueses se disfrazan de moriscos y turcos, se hacen de escudos y lanzas, celebran la caída de Granada, la Victoria del Rey Fernando y la Reina Isabel sobre Boabdil, el último rey Moro. María nunca ha visto cómo sueltan seis o siete toros en la plaza del mercado para que el pueblo los corra y azuce. La caballería, ataviada con trajes moros y turcos, dividida en dos bandos, echando mano de sus grandes

arcabuces, dispara salvas, los bandos se persiguen en todas direcciones, fingen grandes sobresaltos, avanzan o retroceden adoptando actitudes gallardas. En una ocasión, el Emperador Carlos V y la Emperatriz visitaron Granada con motivo de esta fiesta, acompañados por una multitud de damas de honor portuguesas. Gerardo, el padre de María, que era entonces un niño, uno más entre los suyos —que hasta que cumplió veintiún años fue nombrado el Duque, la cabeza gitana—, presenció con sus propios ojos cómo tres hombres fueron muertos por los toros y un caballo fue herido de tal manera que hubo de rematársele ahí mismo, y le nació el miedo por la fiesta. Los gitanos nunca tienen miedo, pero Gerardo, valeroso Duque del pequeño Egipto, tiene uno, uno que no confiesa a nadie. Para esconderlo, no asoma la nariz en la fiesta de San Juan. Los moriscos le agradecen el gesto, atribuyéndolo a su corazón solidario, que no hay quien dude que Gerardo lo tiene.

María sabe ver la escena de la fiesta que nunca ha visto porque ha heredado el miedo de su padre. La retrata en sus adentros como si estuviera ocurriendo, la ve recién aparecida, la siente. Pero ahora no, está en otra cosa, en relación a la fiesta de San Juan sólo piensa que debe preguntarle a alguien cuán cercana está la próxima. ¿Qué fecha es hoy? Se levanta de la banca donde la ha dejado Salustia. Abraza el cántaro y se echa a caminar de prisa, a buscar el camino hacia la cocina. Antes de



Viticultura y transporte de vinos de Jerez de la Frontera, s/f

trasponer el arco hacia el patio vecino, se pone en cuclillas y traza en la arena del piso las letras que ha memorizado. Cruza el patio, y en el momento de elegir cuál salida tomar, vuelve a hacer lo mismo: traza en el piso una y otra vez las dos palabras recién aprendidas.

Este patio desemboca en un jardín en el que ningún jardinero ha puesto mano en años. Un rosal ha crecido inmenso y voraz, en total desorden; las ramas parecen brotar desde el ras del suelo hasta el cielo, blandiendo espinas y sacudiendo sus ramas alborotadas. María trata de cruzar hacia el otro lado sin raspase, ¡qué olor!; las rosas saltan, brincan, unas rojas sangre, otras rosas y aquéllas tan blancas... Bajo la luz de la luna la variedad de sus colores estalla.

María duda por un momento en darse o no la media vuelta, pero cuando decide hacerlo las zarzas se han cerrado ya atrás de ella. ¿Por dónde la trajo Salustia que no cruzaron este roserío? Se ve atrapada entre las zarzas, y María empavorece. El pavor la toma desprevenida. No es el miedo a la oscuridad, esto no se le parece. No es el temer caminar entre patios y salones desconocidos del convento, no es tampoco el miedo al regaño, que si la veían andando a tontas y a locas la castigarían con tres azotes. Esto es otra cosa: María la bailaora se siente presa, le falta el aire, algo le oprime bestialmente el pecho. Las zarzas parecen asirla de las muñecas, el cuello y los tobillos. A cada paso que da, las zarzas le

saltan encima. María tiembla de pánico. No puede respirar. No hay razón para su pánico, pero el pánico no la requiere: aparece, es. Ahí está, agarrado a María por el camino de las zarzas. María cree que va a explotar. Tiene que correr, salir de ahí a como dé lugar, ¡ya! Pero correr es imposible, las zarzas la cercan. Siente en el cuello una garra dura sujetándola. ¡Se ahoga! Por un instante cree que no puede moverse, echa mano de todas sus fuerzas y quiebra la estatua que creyó ser, separa de su torso el cántaro y asiéndolo a un lado y al otro aplasta con él las ramas, destruyéndolas, quebrándolas. Las ramas le responden, mordiéndole aquí y allá sus desnudos brazos. María contesta a las zarzas atacándolas de nueva cuenta con su cántaro, su cántaro es su furia contra ellas. María está vuelta una "sanjorge" y las ramas colas de siniestros dragones. O bien las rosas salvajes forman un capullo y María ha caído presa en su centro. Le arde la sangre. No le importa que las espinas la arañen, se avienta contra las ramas a troncharlas a punta de cantarazos hasta abrir una salida del nido en que ha caído. De pronto, cuando ha casi vencido a las zarzas rejegas, la golpea un recuerdo, y es tal la intensidad de éste que María trastabillea, casi se cae: María está viendo y sintiendo a su mamá. No es una visita cortés de su memoria, *ahí está* su mamá de cuerpo completo, ahí la siente, pegada a ella, diría que la toca, la huele. María ha regresado a un momento preciso hace seis, siete años. Su



mamá la está abrazando, pegándola a su pecho, no la deja separársele, la ahoga. María lucha por zafarse con tanta fuerza como su mamá por adherírsela al pecho. La abraza hasta la asfixia. Extraño recuerdo que María ha conservado enterrado por mucho tiempo: su mamá la está ahogando contra su propio pecho, la oprime tanto contra sí que María no puede respirar. La memoria se explaya:

María y su mamá están en el mercado. De pronto, así haga un calor de *no se aguanta*, porque una partida de soldados cristianos se acerca, y sólo oír “¡allá vienen!” para que no vean y no oigan a su hija, la esconde entre sus ropas. María no tiene ninguna gana de estar ahí, con ese calor se sofoca, empecinada quiere separársele, pero mamá la aprieta, la sujeta, la envuelve más con la ancha falda, y mientras más pelea María por salir, más literalmente la aplasta mamá contra su cuerpo, inmovilizándola. María pelea sin entender que su mamá la está escondiendo; pelea, pelea hasta que llega el mo-

mento en que necesita luchar para poder respirar, tanto es el celo con que se la repega mamá. Y luego, una nube azul, grisácea con pequeños destellos como dolorosas dentelladas de luz.

¿Cuántos días pasaron antes de que María pudiera oír la explicación siguiente?: se había exigido a todos los gitanos que empadronaran a sus hijos para darles forzosa educación cristiana. Corría el decir, y la mamá de María lo creía a pie juntillas, que si uno empadronaba a sus hijos o sus hijas, se los llevaban a Valencia para nunca más volver, y a eso no estaba dispuesta, a perder a la niña en manos de los soldados.

María pelea sin entender que su mamá la esconde, la protege, María no sabe de ninguna otra amenaza que no sea la de su mamá intentando asfixiarla contra su propio pecho, no aparece ningún soldado, ningún censo, ningún empadronamiento, ninguna ciudad de Valencia, sólo siente a su mamá enemiga pegándola a su cuerpo,



Arcabuceros en la guerra de Túnez, s/f

y luego nada, perder la conciencia, desvanecerse, desmayarse. María perdió el sentido a falta de aire.

Cuando el piquete de soldados se retiró, y mamá sacó a la niña de entre sus ropas, le llevó un buen rato traer a la niña de vuelta al mundo. Mamá había echado a su pez fuera del agua. Por no verla pescado, ahí estaba, los dos ojos bien abiertos, tendida como si no tuviera piernas, lacia como si en su cuerpo no hubiera carne roja, ningún músculo, ninguna sangre, blanca como un pescado o una flor.

María siente ese mismo ahogo ahora entre las zarzas. Como si todas esas hermosas rosas, ese olor empeñoso e intenso, esa escena que debiera ser bella, se convirtiera en remedo de aquella otra que ocurrió años atrás reproduciendo el momento engañoso en que el hijo vive como algo asesino el abrazo de su propia madre. Recordó que, cuando volvió en sí, bañada en agua —por cierto de rosas—, aquella vez que su mamá la había ahogado para salvarla del guarda, lloró al ver a la madre, y se abrazó al padre diciéndole que no quería nunca más la cargara “ella, que no se me acerque más nunca mamá, que se ha vuelto mala; ¡mamá quería ahogarme!”.

Se echó a llorar, diciendo a voces: “¡a qué nos han reducido!, ¡a que nuestros hijos crean que somos nosotros quienes queremos hacerles mal!, ¡nosotros, que nos quitamos el pan de la boca para protegerlos, esconderlos...!, ¡que el cielo maldiga mis entrañas, que tuvieron que nacer y hacer nacer en esta tierra maldita! ¡Vámonos ya de aquí Gerardo, por algo somos gitanos, hay que irnos de aquí!”.

El padre de María las abrazó a las dos intentando serenarlas. Se habían congregado alrededor de ellos un buen número de gitanos, cuanto amigo tenían había corrido a ayudarles en este predicamento. Gerardo dijo:

—Tranquilas, mujeres, mis mujeres, ¡calma! Ésta es nuestra tierra, ésta, la bella Granada, estos nuestros amigos... Todo está bien, ya pasó. Aquí no hay madres que actúen de madrastras, ni... —Y la madre de María, zafándose del abrazo, estalló—.

—Qué bondades... tú... de dónde las sacas... —decía llorando— mira qué nos hacen pasar los nuevos reyes, que nos toman por bestias y nos hacen hacer las cosas que... —hablaba como una loca, trastornada, no repuesta de haber visto a su hija yerta, a su alegría, su tesoro, a punto de ser ahogada por sus propias manos—.

La madre de María no se repondría del incidente. Quedó tocada por el ala de la locura. Nunca volvió a abrazar a María, temiendo más que el rechazo de ésta, la *calidad* de su abrazo: por un pelo perdió a su hija bajo tres palmos de tierra por culpa de su abrazo, por protegerla. Y, como a refugiarse de esto, corrió a vestir ella misma su capa correspondiente. Porque pocas semanas después del incidente del mercado, la madre de María murió. Y María creyó que ese abrazo que la

había querido matar se la había llevado. Si no la había matado, sí había abierto para sí misma las puertas de la muerte.

El día específico en que pasó lo que cuento, el Duque del pequeño Egipto estuvo a la altura. El bello Gerardo fue firme y no lo doblegó la escena, no perdió la serenidad un instante, ni cuando vio a la niña pálida y sin respirar, laxa y sin sentido, casi muerta. Gerardo quería acabar con el llanto de la madre y espantar el susto de la hija, y quería distraer la atención de los que se habían juntado. Fue por esto que se soltó a narrar lo que aquí se reproduce y que no es fábula sino realidad. Gerardo lo hizo saber entonces, dijo que no mentía, que deshilaban sus labios la trama de una historia que él sabía de oídas muy cierta. Es imposible contar aquí la historia como lo hizo él porque para decirla el hermoso Gerardo echó mano de sus no pocas gracias: palmeó cuando lo consideró preciso, pidió lo acompañaran aquí y allá con el rasgar de una guitarra y armó las frases de principio a fin con tanta gitana manera que era un placer enorme escucharlo. Aquí no habrá palmas ni habrá gitana, vendrán los *hechos de pe a pa*, añadiendo explicaciones que Gerardo no necesitó, por tener acostumbrados a los suyos con sus fábulas. Gerardo fabuló la historia como si estuviera ocurriendo ahí mismo; aquí es necesidad mudarla al pasado:

La historia de las dos Rosas del Sultán Soleimán, Gul Bahar, Rosa de Primavera, y Khurrem, Roselana, la Alegre, donde Gerardo cantó además versos de Yahya, el poeta.

“Bajo la tutela de la madre del sultán, y protegidas por cuarenta eunucos negros como es su costumbre, vivían cien mujeres en el harem del gran Soleimán el magnífico. La madre de Soleimán velaba porque todas aprendieran las artes necesarias para acompañarlo; les enseñaba a bordar, a adquirir buenos modales —con el objeto de hacerse gratas a los otros—, a lucir sus bellezas naturales; las guiaba en sus lecturas y estudios para hacerlas capaces de conversar y proveer del placer de la discusión, así como a discernir cuándo es más prudente no abrir el pico. Aprendían por ella a ser bellas, a dar y recibir placer, a hacer de la menor siesta un edén restaurador o sin medida, dependiendo del ánimo del Sultán. Con paciencia y cuidado, la sabia madre del Sultán Soleimán las preparaba para que, cuando cumplieran los quince años, el Sultán considerase elegir las. Si llegaban a los veintiséis y el Sultán no les había prestado atención, eran entregadas en matrimonio a alguno de los hombres de la Corte, que gustoso tomaba a la bella. Porque todas y cada una de las cien esclavas que conformaron un día el harem de Soleimán —número módico para un Sultán, porque Soleimán fue siempre discreto en todas sus costumbres— eran bellas, tributo



Pintura sobre cuero, bóveda central de la Sala del Tribunal, la Alhambra, Granada, s/f

de sangre que pagaban los vencidos a las fuerzas, esclavas reclutadas en todos los confines del imperio otomano, que aunque no alcanzara a cubrir, como presumía Soleimán el “Oriente desde la tierra de Tsín hasta la costa oceánica del África”, sí abarcaba buena parte del mundo.

“El devSirme y sus hombres eran los últimos en abandonar las aldeas y ciudades saqueadas, cargando un valioso botín: las y los más hermosos púberes de cada aldea, campamento, villa o ciudad, acumulando miles de niños en ruidosos carromatos. Al llegar a Constantinopla, comenzaba una rigurosa selección. Los varones más dotados, los que sobresalían —descontemos su belleza, que ésta la tenían todos— por su discernimiento o virtudes artísticas, se volvían pajes de la Corte o entraban a formar parte de los janisarios, los *yeniçeri* o *jenisarios*, las nuevas tropas. Con las mujeres, el comercio era más siniestro y silencioso. Un tercio pertenecía al Sultán, la mayoría de este número era entregada a los nobles para esclavas, las más sobresalientes al harem del Sultán. Pero las otras dos terceras partes eran mercadas por el ejército y su destino era menos feliz que el de la vida regalada del harem. La selección para entrar al harem era muy exigente, lo mismo que para reclutar a los janisarios. De diez o hasta cuarenta mil púberes que recogían a lo largo de un año en los territorios conquistados, doscientos varones se convertían en pajes. Todos pasaban por la selección del devSirme, que ocupaba durante cuatro años el cargo oficial, inspector de los hijos de los vencidos, peinando a los que mediaban entre diez y doce años para encontrar las mejores posibles presas. El

devSirme era un experto tratante de carne. En cuanto a la selección para el harem, el número era de sólo cinco o diez nuevas mujeres cada año. De esta manera, los cautivos y las cautivas púberes podían volverse o madres de sultanes, o los grandes visires del imperio otomano. La mayor parte provenía de los Balcanes, Albania, Serbia, Croacia y un buen número venía de Bulgaria y Grecia. Habían sido arrancados de sus padres a la fuerza.

“Soleimán tenía hijos varones con dos de las cautivas de su harem. Rosa de Primavera —Gul Bahar—, una beldad circasiana, era la madre de Mustafá, su primogénito, joven dotado de todas las virtudes necesarias, incluso las más apetecibles, para ser sucesor del gobierno del inmenso imperio. Mustafá era por este motivo el predilecto del padre. Inteligente, cauto, piadoso, respetuoso de las tradiciones de su libro, Mustafá era además muy hermoso, y —virtud no menor que todas las anteriores— un buen poeta. Mustafá era el designado para ser el sucesor. Por el momento vivía en Magnesia, donde gobernaba en nombre del padre.

“Roselana, la favorita —Khurrem—, hija de un sacerdote ortodoxo ruso, llamada también “la alegre”, era la madre de otros dos hijos varones. El mayor de éstos se llamaba Selim, nosotros lo apodaremos “el disipado”. Hacía no mucho que Soleimán le había llamado públicamente la atención, instándolo a dejar el vino, las mujeres y las irrefrenables francachelas, que eran un escándalo en la corte y un mal ejemplo para el resto del país, exigiéndole que siguiera los preceptos coránicos y que se deshiciera de Murat, su compañero de juerga y parrandas. Selim lo obedeció en esto último,

haciendo asesinar a su amigo, pero lo demás quedó muy por verse. Selim, que era bajito y regordete, como su madre, gustaba más de las mujeres y las fiestas que de la guerra. El menor de los hijos de Roselana era Bayesid, considerablemente más cauto y cuerdo que Selim, pero también más apagado y sin ningún encanto particular.

“Ya viejo, Soleimán se casó con Roselana, su favorita, y optó por serle fiel. Los años lo volvieron todavía más religioso y también más inflexible.

“Roselana sabía cuál era el destino de sus hijos. Cuando Soleimán muriese y Mustafá —dotado, como ya dije que estaba, de todas las virtudes necesarias para ser un espléndido sucesor— fuera nombrado sultán, los dos serían pasados a cuchillo, costumbre desde que Mahomet II se había apoderado de Constantinopla hacía ya cien años, con la intención de limpiar al gobierno del imperio de posibles traiciones y enemigos.

“Roselana tramó cómo proteger a sus hijos. Primero que nada le hizo la vida imposible en el harem a Rosa de Primavera, de modo que lo abandonó y se guareció con su hijo Mustafá en Magnesia. El error fue enorme, pues Mustafá quedó sin protección alguna en el harem y sin influencia por esto en la Corte.

“La Alegre había casado a su hija Mirhmah con el Gran Visir Rustem, un hombre siniestro que enfriaba la sangre, famoso por ser incapaz de reír o siquiera sonreír. Había nacido sin esa cualidad, como los perros y otros animales. Junto con este hombre, hizo caer a Mustafá en descrédito a los ojos de su padre. Le hicieron creer que Magnesia era un centro de sedición y que ésta era capitaneada por Mustafá. Mezclaron sus mentiras con verdades para ser más convincentes. Supieron cómo hacer arder la sangre del padre, encendiéndolo en contra de su amado hijo.

“Mustafá tenía una enorme influencia entre los jenisarios, el cuerpo selecto de su ejército, todos, por cierto, esclavos, de modo que si el sultán es siempre hijo de una esclava, el gran guerrero es un esclavo traído de otras tierras.

“El Sultán Soleimán estaba en pie de guerra contra los Persas. Hizo llamar a su hijo al campo de batalla. Mustafá se apresuró a cumplirle, llegó a Eregli de madrugada y fatigado, donde se encontraba Soleimán con su ejército, entre las salinas y el Monte Tauro. Mustafá acababa de cumplir los cuarenta años. El Gran Visir Rustem con otros miembros de la Corte se apresuraron a besarle las manos y colmarlo de regalos. Luego lo acompañaron, rodeado de sus jenisarios, a la tienda del padre, donde tendría lugar la audiencia privada. Mustafá entró a la tienda. El Sultán Soleimán estaba ahí, pero atrás de una cortina de seda. Cuatro mudos lo esperaban armados hasta los dientes. Cayeron sobre él, lo vencieron, y lo estrangulaban frente a la mirada de su

padre. Lo cuenta el gran poeta turco Yahya, albano de nacimiento, que había sido jenisario. Canto algunos fragmentos:

¡Una columna de la tierra se ha quebrado
porque los intrusos del tirano han asesinado al príncipe
[Mustafá,

han eclipsado su cara iluminada por el sol,

el oculto odio del mentiroso, su vana falsedad artera,
ha encendido el fuego de la separación y ha hecho llover
[nuestras lágrimas,
en las corrientes del dolor se ha ahogado

el plenilunio de la perfección, el nadador de los mares del
[conocimiento,
viaja hacia el Vacío, asesinado por un destino vil

no se le conoció ningún crimen, ninguna infamia,
¡oh santo, o mártir, loco es el mal que te han traído!

Desecho en la faz de la tierra, él regresó a la tierra que le
[pertenece con certeza,
desabrochado de lo nuestro,
y jubiloso se dirigió directo a presentarse ante Dios

¡Ay! ¡En el espejo de la Esfera apareció la cara del destino
[funesto!

Dejó la burda ordinariez de la tierra,
se fue donde no se conocen las veleidades de la fortuna.

“En pocas horas cayeron también sobre el único hijo de Mustafá, un niño todavía de brazos. Un eunuco, Ibrahim, lo llamó hacia sí ofreciéndole una mandarina por la que el niño dejó el regazo de su madre. El eunuco, apenas lo tuvo a la mano, lo estranguló frente a la mirada horrorizada de su madre. En unas pocas horas, un padre y una madre de la misma familia real vieron matar ante sus ojos a sus respectivos primogénitos; ella, sin su aprobación, él, por sus propias órdenes. Ninguno de los dos podría sobreponerse. A Soleimán lo mataron en poco tiempo los remordimientos, pues no pasaron muchos días antes de que empezara a sospechar que todo había sido un engaño. Y a la madre del hijo de Mustafá la tristeza en poco tiempo se la comió, llenándole los pechos de cáncer.

“Esto pasó hace no mucho, el 12 de diciembre de 1553. Ya se sabe que Soleimán acaba de morir y que el disoluto Selim lo sucedió en semanas. Hay quien dice que ocultó durante quince días su cadáver para asegurar con certeza que la sucesión cayera en su persona.”

Fin del cuento de las dos Rosas del Sultán que narró Gerardo a María la bailaora cuando era niña. U